ABC 20 julio 1945

31

(ST)

MI PLAZA YA NO ES MI PLAZA

CUANDO se ha estado usando una ciudad durante treinta años, esa ciudad acaba haciéndose algo así como carne nuestra, y su fealdad, doliéndonos como propia, y su embellecimiento, alegrándonos el alma como si directamente nos afectara. Un buen día, al dibujar el plano sentimental de ella, advertimos que cada una de sus calles y de sus paseos, de sus teatros y de sus cafés, guarda una leve o grave historia de nuestra vida. Allí amamos, aquí sufrimos, allí fuimos desengañados. Estas calles—hoy unas calles cualesquiera, camino de cualquier parte—fueron un tiempo senda imantada, sobre la que pisábamos con un goce y un anhelo supremos. Aquel balcón, aquel portal, hoy ~~indiferenciados~~ anónimos, tuvieron otrora un valor inmenso. Aquel rincón del Retiro—¡oh, bar casi lacustre junto a su estanque!—, aquel camino de la Casa de Campo bajo la lluvia torrencial de junio, significaron una hora inolvidable para nuestro corazón, y todas esas horas, y las del hastío, y las del trabajo, y las del estudio, puestas unas tras otras, suman, por fin, las de nuestra entera existencia. Treinta años sirviéndonos de una misma ciudad, salvo las infidelidades de los viajes y de los veraneos, cotidianamente, mañana, tarde y noche, viéndola a la luz del crepúsculo y a la de la amanecida, entre la neblina matinal, con escarcha y con nieve; treinta años utilizando su paisaje urbano como telón de fondo para nuestra fortuna o nuestra melancolía, para el beso y para el adiós, ligan de tal manera, que uno acaba creyéndose con un derecho patrimonial, si no sobre todas y cada una de sus perspectivas, sí, por lo menos, sobre aquellas que sirvieron de marco a nuestras jornadas mejores. Por esa causa, cuando alguna de ellas se modifica sustantivamente, sin ganar su estética de rango, sino al revés, con pérdida notoria y manifiesta, nos parece como si el Municipio llevase inútilmente su cirugía, no ya al suelo, del que es indiscutible señor, sino a ese rincón en penumbra de nuestros recuerdos, hostil siempre a nuevos ~~ajustes~~. Por ~~todo~~ cuanto antecede, excelentísimos señores regidores madrileños, yo protesto, en nombre de mi infancia, de la reforma de la plaza de Oriente. La plaza de Oriente de mi infancia era muy distinta de ésta. Yo la añoro, con el gran anillo asfaltado que la ceñía, con sus carricoches ~~guirnaldados~~ de cascabeles, que un "Platero" urbano acarreaba; con su paseo de los curas, con sus bancos de piedra y sus copudos árboles, a cuya sombra íbamos, las mañanas veraniegas, en busca de la brisa. No sé, no, si eran castaños de Indias, o plátanos, o acacias, o celindas—¡injusticia de aquel sobresaliente en Agricultura y Botánica!—. Si sé que eran umbrosos y acogedores y que en ellos se recostaban nuestras novias para meditar el sí o el no. Sobre los anchos fosos, por los que reptaban sus raíces, se han plantado hoy pinos enanos, bojes y magnolias y se han erigido unas fuentes, de las que mana un agua desvitalizada y sin gracia. El resto se ha cerrado de baldosas, de unas grandes baldosas de piedra, en las que el sol del estío se desploma con una violencia abrasadora y que forman al borde de Bailén extraño acantilado. Ya no es que no sea mi plaza, la vieja plaza de Oriente; es que no es ni plaza siquiera, es ya un patio *nullius* desangelado, impersonal; es un inmenso pliego de papel de barba, el único papel en el que no caben versos. Por esa causa, salvo cuando el sol deja de herirla, ya muy vencida la tarde, nadie la habita, y quien, obligado, ha de cruzarla, lo hace como bajo el peso de una maldición bíblica. ¡Vieja plaza de Oriente, buscada por el aro y por la bicicleta, por las canicas, y los diábolos y las peonzas, hirviente de corros infantiles—(Dos de mayo, dos de mayo,—cuando todos los soldados—se marchan para la guerra...)—. Hela aquí sin adeptos. Los jardincillos del cabo Noval, los de Lepanto, aun cruelmente desguazados, la roban amas y triciclos, moisés y noviazgos, repasos de exámenes y citas. A mi niñez su aséptica topografía actual le ha robado también un dulce escenario, y así, mis pasos de hombre sobre sus nuevos caminos no mueven, para el goce de mis recuerdos, ninguno de los tiernos ecos de antaño.

JOAQUÍN CALVO-SOTELO

toda transformación. Por

adornados